

Catálogo de juguetes

Sandra Petrignani
Catálogo de juguetes

{ La Compañía }

Petrignani, Sandra

Catálogo de juguetes – 1.ª ed. – Madrid: La Compañía de los Libros, 2011

160 pp. ; 14 × 21 cm

ISBN: 978-84-8393-090-8

Traducido por: Guillermo Piro

1. Narrativa Italiana. 2. Relatos. I. Título

CDD 853

Impreso por convenio entre Editorial La Compañía / 28 SRL (Buenos Aires) y Editorial Páginas de Espuma SL (Madrid)

Nuestro fondo editorial:

www.paginasdeespuma.com

www.editorialacompania.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*

Dirección editorial: Eduardo Berti

Diseño de colección: Estudio ZkySky

Maquetación y corrección: edit•ar, Lucila Schonfeld

1.ª edición: noviembre de 2011

ISBN 978-84-8393-090-8

Depósito legal: M-29360-2011

BIC: FYB

Título original: *Il catalogo dei giocattoli*

© Sandra Petrignani, 1988

© de la traducción del italiano: Guillermo Piro, 2011

© del posfacio: Giorgio Manganelli, 1988

© de la foto de cubierta: Hans W. Bohlen, 2006

© de la foto de la autora: Pasquale Comegna

© de esta portada, maqueta y edición: La Compañía de los Libros / 28 SRL, 2011

c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid

Correo electrónico: ppespuma@arrakis.es

Impresión: Omagraf

Impreso en España - Printed in Spain



Índice

Nota bene	13
Columpio	15
Cometa	17
Armas	20
Coches de juguete	24
Muñeca	26
Muñeca Lenci	29
Muñeco	30
Barbie	33
Bicicleta	35
Futbolín	38
Canicas	40
Bolos	42
Pompas de jabón	43
Caleidoscopio	45
Caja de música	46
Casa de muñecas	48
Caballito de madera	51
Tachuelas	54
Comba	56
Construcciones	58

Cubos	59
Cucú	61
Tentetieso	63
Cromos	65
Tirachinas	68
Silbato	69
Pinball	71
Fuerte	73
Dardos	75
Molinete	77
Recortables	78
Pizarra negra, pizarra mágica	81
Lego	83
Coche a pedales	85
Molinillo de café	88
Marioneta	91
Matrioshka	93
Patinete	95
Osito	97
Pelota	100
Globos	102
Ábaco	105
Buzo	106
Patines	107
Cocinitas	110
Pianola	113
Tejo	114
Cheminova	116
Pistola de agua	117
Plastilina	118

Scubidú y Hula-hoop	120
Cubo y pala	122
Palillos chinos	124
Articulados	126
Soldaditos	128
Tamburín	130
Chapas	132
Sellos	134
Trenecito eléctrico	135
Peonza	137
View-Master	139
Volante	141
Yoyó	143
Zoológico	144
Posfacio, por <i>Giorgio Manganelli</i>	147
Índice alfabético	155

Nota bene

El orden alfabético del *Catálogo de juguetes* no se estableció después, una vez finalizada su escritura. Los relatos fueron escritos directamente siguiendo esa lógica. Esto significa que cada relato conserva la memoria de los que lo preceden. Por eso creo que sería un error respecto del original establecer en la traducción un orden alfabético que podría no coincidir con el italiano. Me parece justo que prevalezca la lógica compositiva sobre la simplemente organizativa.

S. P.

Columpio

Una tabla de madera lisa que acariciaba tibiamente los muslos. Una cuerda que colgaba atravesando los dos agujeros laterales y se ataba a la rama de la higuera o a una de las vigas de la pérgola. Las manos aferradas alrededor de las cuerdas dolían y había que tenerlas abiertas y soplarles encima. Más fuerte, para ver cómo se acercaba el cielo. Más alto, lejos de la tierra. Hacia adelante: cielo. Hacia atrás: tierra.

Dice la leyenda que la desesperada Erigone, hija de Ícaro, rey de Laconia, se ahorcó, y los pastores, que habían asesinado a su padre, para espiar, inventaron un juego que la habría recordado para siempre, el juego de la cuerda colgada de los árboles. El vaivén del columpio es entonces el siniestro pendular de los ahorcados, ritmo de péndulo, ir y venir del tiempo. Y la muerte aérea de Erigone evoca el infeliz vuelo de Ícaro, al que se le derritieron las alas al acercarse al sol.

A lo mejor el columpio es nostalgia de la cuna, pero también deseo de evadirse, conquistar la autonomía. Un niño lanzado al espacio, solo, en contra de las leyes de la gravedad. Un niño valiente y fuerte en su trono celeste saliendo a descubrir otros mundos. La fatigosa

aceleración en la subida, que se vuelve velocidad. La deriva de la desaceleración. Y el salto a la carrera, aterrizando en el polvo, las piernas inciertas, todavía en vuelo. Con momentánea sorpresa los pies saborean el suelo, duro después de las nubes.

Cometa

Era un juego otoñal. Iban juntos, grandes y chicos, por las colinas. Uno de los grandes conducía las operaciones y sostenía el cordel, aflojando cuando resultaba muy tirante, tirando y enrollando si era lento. Todos corrían detrás de ese pájaro extraño que agitaba sus cintas e independizándose les hacía frente a las corrientes de aire. Se contenía la respiración, preocupados por la evidente inestabilidad. Y la desilusión (¿o la satisfacción?) no tardaba, el barrilete moría enseguida, como golpeado por un cazador infalible. No era claro el sortilegio de ese objeto impalpable. Tal vez venía de un conocimiento sonámbulo de antiguos ritos, cuando los «ciervos voladores» representaban las almas de los muertos a merced del viento, cruelmente paralizadas por el frágil lazo con la tierra, aún no cortado.

Había un propietario de la cometa, que la había construido con meticulosa atención por las proporciones («El largo debe tener con el ancho una relación de siete a cuatro») y no permitía que los niños la tocaran. Pero hacía que la siguieran, como el flautista de Hame-lin. Y ese pequeño pueblo de excluidos, con las mejillas rojas y la nariz apuntando al cielo, seguía con la mira-

da el fino cordel, alto como la lluvia, para no perder de vista la forma romboidal que daba volteretas cargada con sus miedos. Que era minúscula en el cielo y gigantesca en la tierra, cuando derrotada aterrizaba en el prado. A menudo la cometa volvía rota de su vuelo. Una varilla de madera se despegaba o el papel de seda se rompía e infaliblemente el propietario declaraba terminado el juego y su cara se oscurecía, mientras las de los niños se volvían incrédulas. Tanto trabajo para llegar a la cima de la colina, tanto viento en los cabellos, en los pantalones, en la falda, y la espera y los intentos fallidos y la respiración contenida por un momento durante el breve vuelo, tan breve que ni siquiera se daban cuenta. En la luz, el cordel y el rombo de colores casi desaparecían, tenían que señalárselos unos a otros para encontrarlos. Y enseguida perderlos, otra vez. En el garaje, abatido, con el papel rojo roto, con los anillos de la cola que se despegaban, la cometa parecía otra, enorme, y se la había visto tan pequeña contra las nubes, delicada, y había sido pensada como fuerte e imparable como un cometa.

Más tarde, con los años, el objeto, que nunca había sido festivo, se confundió con una poesía muy triste —«Feliz seas tú que al viento no has visto caer más que cometas»—*, envuelto para siempre en el olor rancio de los pupitres, las manos sudadas, las gomas de borrar, las tizas y las meriendas del recreo. Pero sin nostalgia.

* De «El barrilete», de Giovanni Pascoli, en *Primi poemetti*. (N. de la A.)

¿Quién protesta por la desaparición de las cometas?
¿Quién las echa de menos? Hoy, cuando los cuerpos
han aprendido a volar, ¿quién ataría a un cordel sus
sueños áureos?